

había fingido ser su mayor amigo, le hizo ahogar en la cama en medio de la oscuridad y el silencio de la noche.

Alzáronse muchos reyes en Andalucía tras la muerte de ben-Hud; pero logró prevalecer sobre todos El-Ahmar, cuyas dotes le iban haciendo prosélitos ardientes (1). El pérfido Abdelrhamán, deseoso de alcanzar su amistad, hizo que se declararan por él todas las tribus de Almería; el walí de Jaén, que le amaba de corazón, trabajó cuánto pudo para que se le abrieran las puertas de la ciudad de Granada, que no tardó en aclamarle con entusiasmo como si previera ya los días de gloria y de grandeza que habían de lucir para ella bajo su reinado; la fama se encargó de ir repitiendo de gente en gente su dulzura en gobernar y su ardor en los campos de batalla; y en breve no hubo pueblo que no le reconociera por emir y no viera destellar de su frente el último rayo de esperanza para los creyentes. Prestóle obediencia todo el reino de Granada, constituido casi por toda la Andalucía menos por las comarcas de Sevilla, Niebla y los Algarbes. Era verdaderamente hombre de genio y quizá el único que podía arrancar del borde del sepulcro aquel imperio exánime; sin él hubiera sido difícil impedir que San Fernando llegase á hacer flotar sus banderas en las torres cuyo pié bañaban las olas del Mediterráneo. Se requería no sólo valor sino prudencia para detener la marcha osada del monarca cristiano; y brillaban afortunadamente en él entrambas prendas. Ni temía blandir la lanza, ni dudaba en humillar la espada cuando se lo aconsejaba la salud del Reino: el pueblo era el único objeto de sus miras; y como por él sabía levantar la mano contra sus enemigos, sabía por él imponer silencio á sus pasiones. No en vano fueron á buscar su apoyo los musulmanes: correspondió cumplidamente á la confianza que de él hicieron.

¿Podía, sin embargo, El-Ahmar contrarrestar de repente á

(1) «Post interitum Abenbuti Wandalia Cismarina in plures regulos est divisa et ab almohadibus separata quod christianorum proposito utile invenitur.» (*De reb. hisp.*)

los cristianos, acostumbrados á no encontrar obstáculo que no vencieran con sus armas? Crear una nacionalidad, organizar un reino con pueblos desgarrados durante muchos años por las discordias más sangrientas, no es empresa fácil ni de corto tiempo; y era preciso organizarlo antes de levantar contra los soldados de la cruz los abatidos estandartes del Profeta. Puso por de pronto en estado de defensa sus fronteras, á las que mandó numerosos cuerpos de zegríes, y creó un pequeño ejército permanente; pero no pudo pensar aún en arrostrar ni en detener por medio de la fuerza á San Fernando. Prosiguió éste sus conquistas con el mismo éxito que antes, y tuvo que verle El-Ahmar sobre dos pueblos importantes de su reino sin poder rechazarle.

Fué proclamado El-Ahmar en Granada á 15 de Mayo de 1238, y corría aún este mismo año, cuando Martín Ruiz, elegido maestre de Calatrava, salió de Martos con sus mejores caballeros y ganó espada en mano los castillos de Locubín y de Susana. En 1239 seguía todavía el arzobispo de Toledo peleando en el territorio de Cazorla, cuya capital tomó en el año siguiente; en 1240, muerto el Adelantado de la frontera D. Alyar Pérez de Castro, entró el mismo Rey acompañado de sus hijos D. Alfonso y D. Fernando, y sin dar tregua á su espada, se apoderó de Porcuna, Lopera, Alcaudete, Alhendín y otros muchos castillos y villas, gran parte de las cuales se le entregó deseando evitar la suerte de las que fueron tomadas por asalto. Llevaba el Rey consigo á muchos frailes de Calatrava; y era de poca monta para caballeros tan esforzados la toma de todos estos lugares, que junto con la villa de Martos, les fueron dados aquel mismo año en patrimonio (1). Pero no

(1) Flórez en su *España Sagrada* ha publicado la carta de donación correspondiente, fecha á 8 de Diciembre de la era 1266 (1240), y de ella tomamos los párrafos que siguen: «Dono itaque vobis, dice San Fernando, illud castrum quod dicitur Martos cum domibus, terris cultis et incultis, vineis, montibus, rivis, fontibus, aquis, pratis, pascuis et cum omnibus terminis, directuris, pertinentiis suis quas nunc habet vel habere debet mandans ad præsens ut defendatis terminos

eran estas algaradas sino el preludio de una de las campañas más grandiosas. Tenía el Rey fija la vista en Jaén, que por dos veces había resistido á sus ejércitos; y no se cansaba nunca de volver frente los muros de esta ciudad, aunque no fuese más que para atormentarla y asolar la tierra.

Fué de nuevo contra ella en 1242, y no contento ya con talar campos y viñedos, rompió puentes, derribó torres, destruyó molinos, y la hizo llorar lágrimas de dolor y de amargura (1). Volvió con ánimo de combatirla en 1244; pero no fué Jaén en esta campaña su primera víctima. Su hermano D. Alfonso de León había entrado antes que él en el reino de Granada, y habiéndose atrevido á bajar hasta la Vega, acababa de ser derrotado por El-Ahmar, que había salido contra él con algunos infantes y hasta tres mil caballos; y entraba esta vez el rey en campaña principalmente para vengar esta derrota y sosegar los ánimos algo turbados por esta victoria del nuevo monarca granadino. Taló primero los alrededores de muchos pueblos; y estando en el campo de Alcaudete, villa que había vuelto á caer en poder del enemigo, envió contra Arjona á D. Gonzalo Núñez de Lara y á D. Rodrigo, hijo de la condesa, con la mayor parte de su ejército. Ordenóles que la cercaran y la combatieran sin demora; y no habían aún estos empezado á ofenderla, cuando presentándose en los reales, la dió tan recios ataques que la obligó á rendirse y admitir las condiciones que la impuso. No paró mucho

suos quoscumque defendere et manutenere poteritis; et cum divina clementia Jacm et Arjonam per manus vestras cultui reddiderit christiano cum illis terminis prout habuit sarracenorum tempore dividatis.—Præterea do vobis Porcunam et Bivoras cum omnibus terminis pertinentiis et directuriis suis quas cum vicinis villis habent vel habere debent cum Dominus eas vobis dederit possidendas misericorditer...» (FLÓREZ, *Esp. Sag.*, tomo XII, trat. 40, cap. últ.) Hemos copiado estos párrafos por ser ellos el único apoyo que tienen algunas de las noticias anteriores, sacadas de los *Anales Eclesiásticos de Jimena*, pág. 140.

(1) En el Kalendario de Jueces ya citado se leía que en este año (1242) era juez de Baeza «D. Pedro Martin de Benavente, quando puentes et turres et moledini fueron destructas.» ¿De qué torres y puentes hablaba aquí el Kalendario? Forzosamente había de estar este más explícito; de otro modo ¿cómo hubiera podido Jimena citar lo en confirmación de la noticia que da él sobre la tala de Jaén y nosotros continuamos en el texto?

en Arjona: salió á los dos días, tomó á Pegalajar, La Guardia, Cazalla y otros muchos lugares (1); destacó contra Granada á su hermano D. Alfonso y á Sancho Martínez de Xodar con los concejos de Quesada, Úbeda y Baeza, se fué á Andújar, donde estaba á la sazón su esposa D.^a Juana, partió con ella á Córdoba, pasó luego á reunirse con su hermano, taló la Vega, peleó con los moros de El-Ahmar, y logró al fin reparar la derrota de D. Alfonso metiéndolos por las puertas de Granada. No satisfecho aún, pretendía acometer la ciudad; pero no se lo consintió la noticia de que unos moros, llamados Gazules, estaban sobre Martos. Disparóse como un rayo sobre esta villa, llave principal de la frontera, y bastó el ruido de sus pasos para que fuera levantado el cerco.

Cerró San Fernando la campaña de aquel año no sin haber asolado como de costumbre las cercanías de Jaén, é invernó en Córdoba. Sabedor en 1245 de que El-Ahmar estaba mandando á Jaén sobre mil quinientas caballerías cargadas de vituallas, no supo estar por más tiempo en la ciudad, y volviendo á coger las armas, corrió á atajarlas el paso en pos de D. Alfonso. No pudo alcanzarlas á pesar de su energía; pero se les adelantó, y los que las acompañaban se vieron obligados á retroceder seguros de que iban á quedar ó muertos ó cautivos. Regresó después á Córdoba, pasó de allí á Pozuelo, donde vió por última vez á doña Berenguela su madre, y al bajar de nuevo á Andalucía, tardó poco en empezar su penúltima campaña. Reunióse con su ejército en Andújar, y cayó de pronto sobre Jaén. Cortó países, huertas y viñas; fué para Alcalá la Real, taló sus alrededores y apresó gran número de enemigos; se presentó frente de

(1) Los Anales Toledanos segundos ponen la toma de Arjona, Cazalla y otros castillos en 1246: «El rey D. Ferrando prisó Arjona é Castalla é otros castillos muchos era MCCLXXXIV.» En el mismo año y con posterioridad á la toma de aquellos lugares ponen la de Jaén: ¿es esto siquiera probable? Habría de haberse verificado la de Arjona y demás plazas entre Enero y Abril, y es fácil calcular que en este tiempo el cerco de Jaén bastaba para ocupar toda la atención de San Fernando. He aquí por qué hemos preferido seguir en este punto el Kalendario de Jueces de Baeza que la ponía en 1244. (JIM., *Anal. Ecles. de Jaén*, pág. 148.)

llora, tomó el arrabal á punta de espada, forzó la villa, la quemó, y mató y cautivó sus moradores; entró otra vez en la Vega, devastó cuanto pudo, y pasó á Martos lleno de laureles y de despojos. Recibió en esta villa al maestre D. Pelay Pérez Correa, uno de los caballeros más esforzados de aquella época, y el que más contribuyó á las victorias del infante D. Alfonso en el reino de Murcia; tomó de él consejo; y viendo que coincidía con sus deseos la opinión de tan ilustre guerrero, no dudó ya en emprender la conquista definitiva de Jaén, esa ciudad tantas veces talada y tantas veces combatida. Distribuyó en torno de ella sus ricos-hombres y sus concejos, sitióla tan estrechamente como se lo permitió la situación de la plaza y el valor de los que la defendían, y mandó que la tuvieran sin tregua en alarma y sobresalto. Considerando que aún no daban estas medidas los resultados que esperaba, pasó personalmente al sitio, y armado de valor y de energía, juró permanecer allí hasta entrar por las puertas de Jaén ó sobre sus escombros. Le alcanzó en esta empresa el invierno; mas no por esto volvió atrás un paso. Ni la intensidad del frío, ni las lluvias que cubrieron en aquel año los campos é hicieron saltar á los ríos y á los arroyos fuera de sus antiguos cauces, ni la pérdida continua de gentes y caballos, muertos unos por los fríos, otros por los hierros enemigos, ni la escasez, que llegó á ser mucha en los reales, ni el cansancio de la pelea, ni la larga resistencia de los cercados, nada pudo hacer torcer de su propósito al rey, que dotado á la sazón de una voluntad incontrastable, pasaba en vela noche y día, y apenas descansaba, y sufría con placer toda suerte de fatigas, y sentía crecer su constancia á cada obstáculo que encontraba, y llegó al Abril del 1246 sin que hubiesen podido hacer mella en él ni los rigores de la estación ni los trabajos ni los peligros de tan dilatado sitio.

Mohamed-El-Ahmar no permaneció entre tanto impasible; pero nada pudo contra San Fernando. Le alcanzó en Hisn-Bollos, á cuatro leguas de Granada, y le contrarrestó al princi-

pio con grande esfuerzo; mas seguido de gente bisoña y cobarde, tuvo que ver al fin desbandado su ejército y completamente derrotada su caballería. Conoció luégo que Jaén iba á caer en manos del cristiano, que ya no era posible salvar la ciudad combatida por un rey que se había atrevido á pasar todo un invierno delante de sus muros, que era preciso pensar no ya en salvar á Jaén, sino en salvar al reino, y lejos de aventurar su honor en nuevas batallas y gastar sus fuerzas en luchas estériles, trató de ir á presentarse al rey y declararse su vasallo. Salió solo de Granada, llegó al campamento cristiano, se hizo acompañar á la tienda de San Fernando, y lleno de la dignidad que suele dar hasta en los actos más humildes la nobleza del objeto á que el hombre se dirige y la importancia de los sucesos que le obligan á inclinarse ante el más poderoso, le manifestó el objeto de su viaje, le entregó su persona y sus estados, y le besó la mano. Quería á toda costa la paz, y á fin de alcanzarla no sólo sacrificó su orgullo, sino que se ofreció á servir al rey con cierto número de caballos, pagarle un tributo anual de ciento cincuenta miktals de oro, y entregarle la ciudad de Jaén por fianza del tratado. Conoció cuán duras y gravosas obligaciones se imponía; mas ¿podía dejar de aceptarlas no viendo medio alguno entre ellas y la ruina inevitable de su reino? Si estando Jaén en su poder era ya la Vega y aun la ciudad de Granada uno de los campos de batalla más concurridos por los cristianos, ¿hubiera podido El-Ahmar, perdida Jaén, vivir tranquilo ni aun dentro de los muros de su corte? Las armas dirigidas ocho meses después contra Sevilla se habrían vuelto tal vez contra él y habrían acabado con la monarquía y el monarca. Eran aún débiles los vínculos que unían á sus pueblos, bastante poderosas las rivalidades, escaso el ejército, poco fuerte la capital que distaba de contar los sólidos muros y la numerosa población que años después constituyó su fuerza; tenía por otra parte el enemigo en su favor el mayor número de soldados, la mayor estabilidad del trono en que le habían sentado sus abue-

los, el prestigio que da el valor y sobre todo la victoria, la actitud poco enérgica de los mismos árabes, aterrados por el estruendo de sus ruidosas correrías: si proseguía la lucha no era dudoso el éxito: El-Ahmar debía caer al fin á los piés de San Fernando. Para sostener por algún tiempo más su dignidad é independencia ¿debía poner así en riesgo no sólo su vida, sino también la de su pueblo?

Duras y de graves consecuencias eran á la verdad las condiciones á que El-Ahmar se sujetaba: feudatario de un rey cristiano, se exponía á deber desnudar la espada contra los mismos que creían en el Profeta y á contribuir á la ruina de los demás estados árabes de Andalucía; podía con esto hacerse como Mohamed de Baeza objeto de odio y de venganza para sus vasallos y ser al fin víctima del puñal de un asesino; hacía por de pronto que se entibiase para con él el afecto de la muchedumbre arrogante y fiera hasta al mismo pié de la tumba; pero debía arrostrarlo todo y lo arrojó, y San Fernando, lejos de recibir con desprecio ni aun con indiferencia al que tan modestamente se ofrecía á ser su vasallo, le abrazó, le llamó su amigo, le otorgó la paz y le dejó con libertad para que gobernara como se lo aconsejasen la razón y la prudencia el reino de Granada. Admiróle desde un principio San Fernando por la gallardía con que solo se presentó en sus reales; y al oírle no pudo admirarle menos por la grandeza de alma con que, obedeciendo á la ley de la necesidad, proponía para un tratado de paz condiciones que él quizás no se hubiera atrevido á exigir aun viendo declarada en favor suyo la victoria.

Estipulado y firmado ya el convenio, entró el rey cristiano en Jaén á mediados de Abril del mismo año 1246 (1) mientras El-Ahmar regresaba á su corte acompañado del walí Abu-Omar-

(1) «El rey D. Ferrando prisó Jahen mediado abril era MCCLXXXIV.» (Ann. Toled. segundos.) «Era MCCLXXXIV en el mes de marzo prisó Jahen el rey D. Ferrando é su fijo el infante D. Alfonso.» (Cronicón de Cardeña.) Ambos documentos ponen la toma de esta ciudad en el mismo año, aunque no en el mismo mes.

Ali-ben-Muza, á quien confió el mando de su caballería. No volvió á empuñar la lanza contra estas provincias granadinas; pero llevó poco después la guerra contra el reino de Sevilla, cuya capital fué su última conquista y recogió después de cuatro años de tomada su cadáver.

